

El secreto del consenso en el régimen franquista: cultura de la victoria, represión y hambre

Miguel Ángel del Arco Blanco

Universidad de Granada

Resumen: El franquismo fue un régimen parafascista inserto en la Europa de entreguerras. No alcanzó grados de consenso y adhesión comparables al nazismo alemán o al fascismo italiano, pero lo cierto es que, a pesar de las amenazas que hicieron peligrar su estabilidad durante los años cuarenta, permaneció incólume y estable. El franquismo logró un cierto consenso entre sus apoyos sociales, mientras que excluía a los vencidos de su proyecto político. Tres fueron las claves para que fuese así: una «cultura de la victoria» que legitimaba la situación, la represión sobre los vencidos y la gestión de la miseria.

Palabras clave: Guerra Civil, franquismo, fascismo, consenso, cultura, represión.

Abstract: The Franco regime displayed many of aspects of the fascism that marked interwar Europe. Although Francoism did not achieve the same degree of consensus and support enjoyed by its Nazis and Fascist counterparts, it did command enthusiasm among its grassroots supporters. Accordingly, it proved able to withstand a number of serious challenges in the 1940s, while continuing to push those from the defeated side in the Spanish Civil War of 1936-139 to the margins of social and political life. Three key factors explain this success: a victory culture that bestowed legitimacy on the regime; the repression of the defeated and the accompanying exploitation of shortages and hunger in everyday life.

Keywords: Spanish Civil War, Francoism, fascism, consensus, culture, repression.

El Franquismo, un régimen parafascista en la Europa de entreguerras

El nacimiento del régimen franquista no puede concebirse como algo ajeno a la Europa de entreguerras. Está sujeto a sus problemas, a sus tendencias y a sus contradicciones. Por tanto, comparte tiempo y espacio con un continente en el que liberalismo, socialdemocracia y autoritarismo luchan por imponer su proyecto político¹. El fascismo propone un modelo político inédito, surgido de las trincheras de la Primera Guerra Mundial y que toma pleno cuerpo a partir de la década de los veinte en las diversas naciones de la vieja Europa². Un modelo que, en algunos casos, logra alcanzar el poder —como en Alemania o Italia— y, en otros, da lugar a la configuración de regímenes «parafascistas».

Siguiendo a Aristotle Kallis, los regímenes parafascistas serían aquellos que habiendo adaptado o imitado características formales y organizativas del fascismo, no compartían sus componentes y aspiraciones revolucionarios³. Sin embargo, este mismo autor ha demostrado cuán líquida es la caracterización de un régimen como «fascista» o «parafascista»⁴. Si en el plano intelectual es relativamente sencillo identificar las diferencias, cuando extendemos nuestro análisis a la realidad económica, política y social de cada caso de estudio, la conceptualización se hace a la vez compleja y terriblemente flexible. Así, en la propia configuración del fascismo italiano o alemán habría una influencia e interacción entre los componentes más puramente fascistas y los de las derechas conservadoras⁵.

En España, las interpretaciones que caracterizaban el franquismo como un régimen autoritario tradicional han quedado arrinconadas

¹ LUEBBERT, G. M.: *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia. Clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*, Zaragoza, Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, 1997, p. 537.

² MORGAN, P.: *Fascism in Europe, 1919-1945*, Londres-Nueva York, Routledge, 2003, pp. 29-31.

³ KALLIS, A. A.: «The Regime-Model of Fascism: A Typology», *European History Quarterly*, vol. 30, 1 (2000), pp. 77-104.

⁴ Para la caracterización del «fascismo genérico», véase GRIFFIN, R.: *The nature of fascism*, Londres-Nueva York, Routledge, 1993.

⁵ KALLIS, A. A.: «“Fascism”, “Para-Fascism” and “Fascistization”: On the Similarities of Three Conceptual Categories», *European History Quarterly*, vol. 33, 2 (2003), pp. 219-249 (especialmente, p. 245).

das⁶. Parece imponerse la interpretación, abanderada por los trabajos de Ismael Saz, que califica al «Nuevo Estado» como un régimen «parafascista» o «fascistizado»⁷. Como en otros países de Europa, en la España de entreguerras existiría una interacción entre fascismo y derechas tradicionales que, en esos años, se influirían y convivirían, estableciendo alianzas para acabar con la democracia. El primer episodio sería la Dictadura de Primo de Rivera, un régimen autoritario que incluía elementos «modernos» y pretendía, desde arriba, la definitiva nacionalización de España y la creación de un partido de masas⁸. Durante la Segunda República, ya en plena política de masas, asistimos a la aparición de partidos genuinamente fascistas y, al mismo tiempo, a la fascistización de algunos partidos de derechas. Las derechas españolas, al igual que otras europeas, caminaban por la senda de la fascistización cuando el sistema no les era favorable⁹.

La Guerra Civil marcará un antes y un después. Seguramente fue entonces cuando España estuvo más cerca de tener un régimen fascista. La innegable movilización en la zona rebelde, el surgimiento de discursos míticos sobre la regeneración de la patria y la interpretación de la «Cruzada», la implantación y el nacimiento de símbolos, la organización de desfiles, ceremonias o actos, o la conformación de Falange como un partido de masas, pueden abonar esta afirmación¹⁰.

⁶ Algunas de estas visiones: ELORZA, A.: «Le radici ideologiche del franchismo», en CASALI, L.: *Per una definizione della dittatura franchista*, Milán, Franco Angeli, 1990, pp. 71-75; PÉREZ LEDESMA, M.: «Una dictadura “por la gracia de Dios”», *Historia Social*, 20 (1994), pp. 173-193.

⁷ SAZ, I.: *Fascismo y franquismo*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2004, p. 253.

⁸ QUIROGA, A.: *Haciendo españoles: la nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Madrid, CEC, 2008.

⁹ BLINKHORN, M.: «Conservatism, traditionalism and fascism in Spain, 1898-1937», en BLINKHORN, M. (ed.): *Fascists and Conservatives. The radical right and the establishment in twentieth-century Europe*, Londres, Unwin Hyman, 1990, p. 118.

¹⁰ GIL ANDRÉS, C.: *Lejos del frente. La guerra civil en la Rioja Alta*, Barcelona, Crítica, 2006 (caps. 3-5); COBO ROMERO, F., y ORTEGA LÓPEZ, T.: «Pensamiento mítico y energías movilizadoras: la vivencia alegórica y ritualizada de la guerra civil en la retaguardia rebelde andaluza, 1936-1939», *Historia y Política*, 16 (2006), pp. 131-158; CRUZ, R.: «Old symbols, new meanings: mobilising the rebellion in the summer of 1936», en EALHAM, C., y RICHARDS, M.: *The Splintering of Spain. Cultural History and the Spanish Civil War, 1936-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, pp. 159-176; THOMAS, J. M.^a: *La Falange de Franco. Fascismo y fascistización en el régimen franquista (1937-1945)*, Barcelona, Plaza y Janés, 2001, p. 36.

Los primeros años cuarenta son el canto de cisne del fascismo en España. Falange se conforma con vestir al régimen, al menos en sus primeros años, ostentando importantes parcelas de poder, pero sin imponer su proyecto político ni intelectual. Aun así, el régimen franquista de los años cuarenta, especialmente en su primera mitad, será algo nuevo. Porque si bien no será, por supuesto, un régimen fascista en el sentido estricto, tampoco es «una derecha exactamente igual» a aquella existente antes de comenzar a relacionarse e interactuar con la ideología fascista. Había nacido un régimen parafascista, que combinaba ciertos elementos del fascismo con otros de la derecha tradicional¹¹.

Podríamos plantearnos qué elementos eran o no fascistas en el caso español. Sin embargo, el objeto de este artículo no es responder a esta pregunta. Nuestra intención es reflexionar sobre una de las características que más puramente definió los regímenes fascistas y que, también, estuvo presente en los regímenes parafascistas: la existencia de un consenso, de una aceptación por una parte importante de la población. El franquismo salió indemne de los crudos años de posguerra, en que la penosa situación socioeconómica o el aislamiento internacional pudieron hacerlo sucumbir. Sin embargo, no fue así: permaneció estable e incólume. No hubiese sido posible si no hubiese mantenido el favor de sus partidarios. Partiendo de una definición flexible de «consenso», pretendemos poner al franquismo en movimiento y, sobre la escena de la cultura, la represión y el hambre, trataremos de exponer cómo los apoyos sociales del «Nuevo Estado» siguieron confiando en él y aseguraron su supervivencia.

El consenso en el régimen franquista

No hubo ningún régimen de entreguerras que careciese del apoyo de las masas¹². Esta afirmación parece ser extensiva al régimen del general Franco. La mayoría de la historiografía española admite, finalmente, que el franquismo tuvo que «beneficiarse de unos apoyos sociales y de un grado de aceptación entre los ciudadanos que debía

¹¹ SAZ, I.: *Fascismo...*, *op. cit.*, pp. 86 y 253; y BLINKHORN, M.: «Introduction. Allies, rivals or antagonists? Fascists and conservatives in modern Europe», en BLINKHORN, M. (ed.): *Fascists...*, *op. cit.*, pp. 9-13.

¹² LUEBBERT, G. M.: *Liberalismo...*, *op. cit.*, p. 537.

ir más allá del estrecho círculo de los poderes económicos, sociales y políticos dominantes»¹³.

¿Es aceptable el término «consenso» cuando hablamos de dictaduras? Es conocido el intenso, extenso y, también, acalorado debate desarrollado por la historiografía italiana con la progresiva publicación de los trabajos de Renzo De Felice¹⁴. Finalmente, con todas las matizaciones posibles, parece incuestionable la existencia de un consenso de la mayoría de la sociedad italiana hacia el régimen de Benito Mussolini¹⁵.

Hace algún tiempo, Ismael Saz advirtió acertadamente sobre el problemático empleo del término «consenso». Aunque era partidario de utilizarlo, aconsejaba hacerlo de forma flexible, huyendo de planteamientos dicotómicos y rígidos entre consenso y disenso (diferenciaba así entre «consenso activo» y «pasivo»)¹⁶. Compartimos esta idea: las actitudes individuales de los españoles de aquellos años tendrían las más variadas escalas de colores y matices: desde la adhesión incondicional a la adhesión con algún tipo de divergencia, al consentimiento o la indiferencia aprobatoria, al acomodamiento, a la desmovilización social, al exilio interior o, por supuesto, a la oposición al régimen¹⁷. Actitudes que tampoco serían inmóviles ni «quedarían congeladas» en julio de 1936, sino que cambiarían, se transformarían y se adaptarían a los tiempos¹⁸.

No tiene sentido hablar de consenso o disenso en el régimen de Franco mediante estudios generales. Debemos acercarnos al marco de lo local, a las actitudes individuales para comprender la complejidad

¹³ ORTIZ HERAS, M.: «Historia social en la dictadura franquista: apoyos sociales y actitudes de los españoles», *Spagna Contemporánea*, 28 (2005), p. 173.

¹⁴ DE FELICE, R.: *Mussolini il duce. Gli anni del consenso (1929-1936)*, Turín, Einaudi, 1996. Un ejemplo del «acalorado» debate, en respuesta a la publicación de este volumen, en SANTOMASSIMO, G.: «Il fascismo degli anni trenta», *Studi Storici*, 1 (1975), pp. 102-125.

¹⁵ Ni los artículos más feroces de aquellos años contra De Felice se atrevieron a negar la existencia de un consenso, véase PALLA, M.: «Mussolini il fascista numero uno», *Studi Storici*, 1 (1982), pp. 23-49.

¹⁶ SAZ, I.: «Introducción: entre la hostilidad y el consentimiento. Valencia en la posguerra», en SAZ, I., y GÓMEZ RODA, J. A.: *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra*, Valencia, Episteme, 1999, pp. 9-35.

¹⁷ FONT, J.: *¡Arriba el campo!: primer franquisme i actituds polítiques en l'àmbit rural nord-català*, Girona, Diputació de Girona, 2001, p. 53.

¹⁸ CAZORLA, A.: «Sobre el primer franquismo y la extensión de su apoyo popular», *Historia y política*, 8 (2002), p. 312.

del fenómeno y encontrar los polos de consenso y disenso frente al régimen y, entre ambos, las distintas tonalidades de adhesión y oposición al «Nuevo Estado». Comprobaremos así que, con todos los matices, el consenso convivió con el disenso. Los partidarios del franquismo no dudaron en participar en sus instituciones y abrazar una cultura común. Pero no por ello dejó de existir la protesta, manifestada ahora de forma individual y fragmentada¹⁹. Sin embargo, la existencia de un disenso, reflejo de una sociedad quebrada en vencedores y vencidos, no invalida la adhesión de una parte suficientemente importante de la población como para mantener al régimen con vida²⁰.

Aunque existió consenso, el franquismo no logró cotas comparables al fascismo italiano o al nazismo alemán. No consiguió integrar en su proyecto político a tan ingente número de ciudadanos, ni a una gama tan heterogénea de apoyos sociales. Pero no por eso renunció a ello: puso en marcha una propaganda y una política social para lograrlo, y obtuvo algunos resultados, si bien más por medio de la asistencia paternalista que por el convencimiento pleno²¹.

¿Quiénes apoyaron al régimen de Franco? Además de las clases altas y acomodadas, un heterogéneo grupo de clases medias. El franquismo comulgó en este aspecto con los regímenes fascistas²². Estudios regionales demuestran que, ya desde 1933, se produjo un realineamiento de las clases medias rurales, que acabaron apoyando soluciones autoritarias al conflicto socioeconómico, político y cultural de los años treinta²³. Serían también estas heterogéneas clases medias-

¹⁹ CABANA, A.: «Minar la paz social. Retrato de la conflictividad en Galicia durante el primer franquismo», *Ayer*, 61 (2006), pp. 267-288. Véase, también, RODRÍGUEZ BARREIRA, O. J.: *Migas con miedo. Prácticas de resistencia al primer franquismo, 1939-1953*, Almería, Universidad de Almería, 2008. Sin olvidar la oposición directa al régimen, véase ARÓSTEGUI, J., y MARCO, J. (eds.): *El último frente. La resistencia armada antifranquista en España, 1939-1952*, Madrid, Libros de la Catarata, 2008.

²⁰ También en los casos alemán e italiano se ha detectado el disenso. Para Alemania, KERSHAW, I.: *Popular opinion and political dissent in the Third Reich: Bavaria 1933-1945*, Oxford, Clarendon, 1983, pp. 33-65; para Italia, TRANFAGLIA, N.: *Labirinto italiano. Il fascismo, l'antifascismo, gli storici*, Florencia, Nuova Italia, 1989, pp. 55-56.

²¹ MOLINERO, C.: *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen*, Madrid, Cátedra, 2006, pp. 28-32.

²² MORENO, R., y SEVILLANO, F.: «Los orígenes sociales del franquismo», *Hispania*, 205 (2000), pp. 703-724. Esta reflexión para el fascismo italiano, en GENTILE, E.: «Fascism in Italian historiography: in search of an individual historical identity», *Journal of Contemporary History*, vol. 21, 2 (1986), p. 194.

²³ COBO ROMERO, F.: *De campesinos a electores. Modernización agraria en Andalu-*

bajas, medias y medias-altas rurales las que en la Guerra Civil enterrarían por la fuerza de las armas la República y, tras la victoria, construirían el franquismo. Hombres nuevos, sin más experiencia política que la de la sangre y las balas en la Guerra Civil, de una relativa juventud y pertenecientes a unas clases medias nada aristocráticas. Hombres que se coaligarían en los poderes locales con las elites tradicionales, defendiendo ahora en tiempos de paz los intereses de todos ellos²⁴.

Para encontrar el secreto de la estabilidad del franquismo es necesario mirar al corazón de sus apoyos sociales. Nos acercaremos, así, a los actores que fueron incluidos en el proyecto franquista y a los que quedaron fuera de él. Entenderemos quiénes y por qué abrazaron una «cultura de la victoria», de la que otros quedaban excluidos. Quién fue castigado por la represión pero, también, quién y por qué la llevó a cabo. Y, por supuesto, quién logró escapar al hambre o sacar provecho de él, mientras que los que habían perdido la guerra reflejaban su derrota en sus cuerpos desnutridos. Entraremos, así, en el secreto de la perpetuación del régimen de Franco.

La «cultura de la victoria»

Ya a mediados de los años sesenta, George L. Mosse advirtió la importancia de la cultura en el proyecto revolucionario fascista: por delante de la revolución económica y política, se encontraba la transformación que los nuevos regímenes fascistas pretendían operar en la sociedad²⁵. Aunque los regímenes parafascistas no ostentasen fines tan revolucionarios, tan palingénésicos, ni pretendiesen crear un

cia, politización campesina y derechización de los pequeños propietarios y arrendatarios. El caso de la provincia de Jaén, 1931-1936, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, p. 335.

²⁴ SANZ HOYA, J.: *El primer franquismo en Cantabria. Falange, instituciones y personal político (1937-1951)*, tesis doctoral, Santander, 2003, pp. 684-685; COBO ROMERO, F., y ORTEGA LÓPEZ, T.: «No sólo Franco. La heterogeneidad de los apoyos sociales al régimen franquista y la composición de los poderes locales. Andalucía, 1936-1948», *Historia Social*, 51 (2005), pp. 49-71; DEL ARCO BLANCO, M. Á.: «“Hombres nuevos”: el personal político del primer franquismo en el mundo rural del sureste español (1936-1951)», *Ayer*, 65 (2007), pp. 237-267. Algo similar sucedería en el régimen soviético, véase FIGES, O.: *Peasant Russia, Civil War. The Volga Countryside in Revolution (1917-1921)*, Londres, Phoenix, 2001, p. 231.

²⁵ MOSSE, G. L.: «Introduction: The Genesis of Fascism», *Journal of Contemporary History*, vol. 1, 1 (1966), pp. 21-22.

«hombre nuevo» que reformulase la sociedad constituida, también en ellos la cultura es un elemento que se debe tener en cuenta para reflexionar sobre el consenso y el apoyo que las sociedades les prestaron²⁶.

Los regímenes dictatoriales de entreguerras, fascistas o contaminados por el fascismo, ostentaron una ideología, un significado, un lenguaje y unos símbolos. Sin negar la importancia de la coerción o la represión, cada vez es más evidente que la cultura de regímenes como el franquista no fue una mera pantalla vacía de contenido, sin ningún poder de atracción, que no escondía más que los intereses socioeconómicos de unos pocos. Como afirma Zunino para el caso italiano, la ideología es el canal por el cual el Estado dialoga con la sociedad: es el momento de contacto y compenetración entre la fuerza y el consenso, entre la imposición desde arriba y la aceptación desde abajo. En la ideología, en los valores y en la cultura se legitiman el nuevo régimen, sus instituciones, gobernantes y gobernados; es en la ideología donde se encuentran las raíces de las creencias y de los valores de los que no puede prescindir ningún poder²⁷.

Además, el estudio y la valoración de la cultura pueden ayudarnos a dejar de concebir las instituciones y el poder constituido como algo estático o meramente impuesto desde arriba. Debemos dirigir nuestra atención al comportamiento individual, a la participación de los hombres y mujeres en las instituciones soberanas y a las políticas que éstas ejercen sobre sus cuerpos. Y en esa interrelación es clave el papel del discurso, de la cultura como plasma y elemento principal, al condicionar la percepción y actuación de los sujetos históricos²⁸.

El franquismo impuso una «cultura de la victoria» en la que se bañarían los vencedores y de la que quedarían excluidos los vencidos. Cultura que vería su definitivo nacimiento y conformación en la retaguardia rebelde durante la Guerra Civil pero que, al igual que sucediese con los regímenes fascistas, integraría también tradiciones cultu-

²⁶ GRIFFIN, R.: «The primacy of culture: the current growth (or manufacture) of consensus within fascist studies», *Journal of Contemporary History*, vol. 37, 1 (2002), pp. 24-25.

²⁷ ZUNINO, P. G.: *L'ideologia del fascismo. Miti, credenze e valori nella stabilizzazione del regime*, Bologna, Il Mulino, 1985, p. 18.

²⁸ ELEY, G.: «What is Cultural History?», *New German Critique*, 65 (1995), p. 32. Nuestra reflexión está influida por los trabajos de Foucault. Véase FOUCAULT, M.: *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Madrid, Siglo XXI, 1978; e íd.: *Hay que defender la sociedad*, Madrid, Akal, 2004, pp. 205-224.

rales propias y europeas precedentes. Así, sería producto de una larga tradición derechista que, arrancando del siglo XIX, sufriría diversas transformaciones, aderezándose con ingredientes «modernos» durante la Dictadura de Primo de Rivera y potenciándose y radicalizándose durante la Segunda República²⁹. El culmen de este proceso fue la Guerra Civil, en que las espadas y las mentes de las derechas alcanzaron su pleno apogeo, su mayor fascistización al calor de la activa movilización de las masas. La «cultura de la victoria» no sería una manifestación de un reducido grupo de mentes desequilibradas, sino de toda una parte de la sociedad española que abanderaba y defendía un heterogéneo corpus de ideas que ansiaban acabar con la democracia.

Según la naciente —y probablemente heterogénea— «cultura de la victoria», España había desempeñado un papel clave en la historia universal. No obstante, llevaba más de doscientos años de larga decadencia, iniciada a finales del siglo XVII, continuada con la afrancesada Ilustración, seguida por el pernicioso liberalismo del siglo XIX, plasmada en el «Desastre del 98» y que tocaría fondo en la fatídica Segunda República³⁰. El falangismo compartiría esta visión. Ramiro Ledesma lo había dejado claro con una frase lapidaria: «España lleva doscientos o más años ensayando el mejor modo de morir»³¹.

Pero llegó la Guerra Civil para hacer girar la historia de España; ese acontecimiento decisivo, palingenésico y sanador del cuerpo de la nación. Como en los casos de los fascismos italiano y alemán, la violencia se convertía en una fuerza creadora. La guerra liquidaría los problemas que amenazaban España: el materialismo, el ateísmo, el parlamentarismo, lo extranjero, el liberalismo, la masonería, lo judío, el marxismo, la modernidad... Como afirmaría Onésimo Redondo en julio de 1936, «del cuerpo sangrante de la lucha civil de estos días, alumbramos el ser de una España nueva, en la que habrá de nuevo pan y alegría familiar y cristiana»³².

Las experiencias bélicas son claves en el surgimiento y la formación de símbolos, mitos y ritos nacionales. Si la Primera Guerra Mun-

²⁹ QUIROGA, A.: *Los orígenes del nacionalcatolicismo. José Pemartín y la Dictadura de Primo de Rivera*, Granada, Comares, 2007.

³⁰ GARCÍA MORENTE, M.: *Idea de la Hispanidad*, Madrid, Espasa-Calpe, 1947, pp. 12-50.

³¹ LEDESMA RAMOS, R.: *Discurso a las Juventudes de España*, Madrid, F. E., 1935, p. 31.

³² «Discurso de Onésimo Redondo», *El Norte de Castilla*, 21 de julio de 1936.

dial fue crucial en la formación del fascismo italiano y en la elaboración de sus mitos, la Guerra Civil lo sería en el caso español. La «Cruzada» aportó nuevos materiales y experiencias para la construcción de mitologías, ritos y símbolos que, aunque tenían una tradición derivada de las derechas tradicionales decimonónicas y de principios de siglo, fueron plenamente cimentados y adquirieron nuevos significados en las trincheras y en la retaguardia rebelde. El franquismo, como otros regímenes de la política de masas, también erigía sus mitos, y los emplearía como un instrumento más en la acción política, en la conformación de mentalidad y actitudes de una sociedad que los compartía e incluso, en ocasiones, los había creado³³.

Desde los primeros días del alzamiento, los sublevados empezaron a emplear una serie de ritos y símbolos, ahora con un nuevo significado: la reposición de la bandera y el himno monárquico, la celebración de actos de desagravio, la vuelta de los crucifijos a las escuelas, los discursos, las arengas y las concentraciones, las misas y las procesiones³⁴. Todos estos elementos simbólicos y rituales serían reflejo de unas construcciones teóricas y de unos valores determinados: serían verdaderas «energías movilizadoras» para la población, que generarían adhesiones en la zona nacionalista³⁵.

Pero enfrente estaba el futuro. ¿Cómo sería la «Nueva España»? Debería ser «nueva» y, para ello, era necesario limpiarla de «cuantas lacras pustulaban el cuerpo español en los tiempos condenables». Francisco Franco acaudillaría la operación, «con el cálculo de quien se opera a sí mismo, hundiendo el filo del bisturí en carne que duele al propio cirujano»³⁶. Había que asegurar la resurrección y la continuidad histórica de España, «ligando las arterias rotas e injertando el fresco tallo en el viejo esqueje»³⁷.

³³ GENTILE, E.: *Il culto de Littorio*, Roma-Bari, Laterza, 2003, p. 29; e íd.: *Il mito dello Stato nuovo*, Roma-Bari, Laterza, 1999, pp. 270-276.

³⁴ CRUZ, R.: *En el nombre del pueblo: República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006; CASPISTEGUI, F. J.: «“Spain’s Vendée”: Carlist identity in Navarre as a mobilising model», en EALHAM, C., y RICHARDS, M.: *The Splintering...*, *op. cit.*, pp. 177-195;

³⁵ COBO ROMERO, F., y ORTEGA LÓPEZ, T.: «Pensamiento mítico...», *op. cit.*

³⁶ GARCÍA MERCADAL, J.: *Ideario del Generalísimo*, Zaragoza, Tip. La Académica, 1937, pp. 7 y 9.

³⁷ MUGUETA, J.: *Los valores de la raza. Víctor Pradera, Ramiro de Maeztu, José Calvo Sotelo y José Antonio Primo de Rivera*, San Sebastián, Navarro y del Teso, 1938, p. 24.

Hasta hace poco, la autarquía era concebida sólo como un sistema económico que aspiraba a alcanzar la independencia económica del país forzando la industrialización, renunciando a las importaciones y obteniendo una balanza de pagos favorable. Pero la nueva política perseguía también fines político-culturales, en sintonía con la ideología franquista. Era la vía para construir una «Nueva España»: el liberalismo, la democracia, la ciudad, el laicismo y otros males habían debilitado la nación; el cuerpo de la degenerada «Patria» necesitaba un tratamiento, volverse sobre sí misma, cerrarse al exterior y reencontrarse con los «posos espirituales» que, en un tiempo, la hicieron grande. Era necesaria una «cuarentena»: la autarquía aislará a la sociedad española económicamente pero, también, política y culturalmente, de los peligros exteriores de modernización, democracia y liberalismo³⁸.

La regeneración del cuerpo de la nación, el renacimiento de España, había comenzado con la Guerra Civil. La juventud había sido su artífice: había dado un paso al frente y había puesto su sangre a disposición de la patria. Los jóvenes marchan a los frentes para «servir a España», reviviendo las «gestas antiguas», conduciéndose «ciegamente al heroísmo y al martirio»³⁹. El resto, los que quedaban en la retaguardia, sus mayores, «tendremos que descubrirnos recatadamente y dejar paso a la juventud, porque ella nos salvó del derrumbamiento definitivo. España está salvada, y son ellos, los jóvenes, los que la han salvado»⁴⁰.

Volvía España. Y volvía personificada en esos «verdaderos españoles» que habían arriesgado su vida por ella: héroes y mártires de la «Cruzada», ejemplo en la resurrección de España. Serán la plasmación de ese «nuevo tipo de hombre español» que requería el país para guiar sus destinos⁴¹; serán símbolos de una raza cultural fraguada a lo largo de la historia de España, «caballeros cristianos» imbuidos del inefable «estilo español»: portadores de cualidades como el honor, la fe, la valentía, el sacrificio, el desprecio a la muerte o la justicia⁴².

³⁸ RICHARDS, M.: *A Time of Silence. Civil War and the Culture of Repression in Franco's Spain, 1936-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, pp. 2-23.

³⁹ DE COSSÍO, F.: *Manolo*, Valladolid, Santarén, 1937, p. 95.

⁴⁰ «Paso a la juventud», *El Norte de Castilla*, 1 de agosto de 1936.

⁴¹ ORTEGA Y GASSET, J.: *España invertebrada*, Madrid, Alianza, 1998, p. 116.

⁴² MOREIRAS, C.: «War, Post-War and the Fascist Fabrication of Identity», en VALIS, N.: *Teaching Representations of the Spanish Civil War*, Nueva York, MLA, 2007.

Los mártires no debían ser olvidados. Sus familiares y las instituciones franquistas seguirían ahí, recordando una y otra vez su sacrificio, y haciendo pagar a los culpables de su muerte: «para los mártires, la Gloria eterna. Para sus verdugos (...) el oprobio, la vergüenza, el castigo implacable»⁴³. El providencial acontecimiento de la Guerra Civil une a la patria, da fuerza y coherencia a la comunidad nacional, desprendiéndola de sus despojos y desdibujando la línea de la vida y la muerte: en España «los muertos mandan», y los que combaten «sienten dentro de su carne todo el espíritu de los que han muerto»⁴⁴.

El mito de la experiencia de la Guerra Civil será clave para la perpetuación del franquismo. La memoria de la guerra se construirá en torno a la concepción de una experiencia sagrada que llenaba a España con un nuevo y profundo sentimiento religioso. Y en ese escenario, el culto a los soldados caídos se convertiría en uno de los elementos más importantes de la «cultura de la victoria» tras la guerra⁴⁵.

Así pues, la «Nueva España» nacerá de la Guerra Civil. También sus hombres nuevos, aquellos que dirigirán los destinos del franquismo, portarán en los años cuarenta los valores defendidos durante la contienda y por las derechas durante el periodo republicano. Suyos serán los valores de los soldados, tales como la masculinidad, la juventud, la valentía, el heroísmo... pero también los de los sacerdotes y mártires, como la abnegación, la fe, la pureza, la castidad y, por supuesto, el martirio. Ellos serán los héroes, los excombatientes, los que apoyaron al franquismo de forma decidida y fueron ejemplo para el resto de la sociedad de los vencedores. También serán ellos los garantes de la memoria de los mártires, para llevar a cabo la misión que a éstos les vetó la muerte⁴⁶.

Se delimitaba España, se delimitaba la comunidad nacional, la sociedad de los vencedores. El franquismo recibía la influencia del fascismo también en la concepción de la nación ideal que parecía dibujar: estaría constituida por una entidad social bien definida (los «verdaderos españoles» que habían participado en la «Cruzada» con-

⁴³ PÉREZ DE OLAGUER, A.: *El terror rojo en Andalucía*, Burgos, Ediciones Antisectarias, 1938, p. 46.

⁴⁴ «Castilla en la aventura romántica de la guerra», *Unidad*, 6 de octubre de 1937.

⁴⁵ MOSSE, G. L.: *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*, Nueva York-Oxford, Oxford University Press, 1990, p. 7.

⁴⁶ VINCENT, M.: «The Martyrs and the Saints: masculinity and the construction of the Francoist Crusade», *History Workshop Journal*, 44 (1999), pp. 68-98.

tra las «hordas marxistas» en defensa de la «civilización occidental»); la nación estaría unida a un suelo determinado, ocupando un territorio mítico, vinculado a un pasado imperial; y tendría una misión bien determinada: ser purificada, regenerada y alcanzar un destino también imperial⁴⁷.

La existencia del «otro» será básica en la «cultura de la victoria». Deshumanizando al enemigo republicano, apelando a la monstruosidad de su comportamiento, de su aspecto e incluso de sus olores, se marcaban las fronteras entre «ellos» y «nosotros», entre la «anti-España» y «España»⁴⁸. Esta distinción, sostenida en los años de posguerra, será clave para mantener la tensión dentro de esta mítica comunidad nacional de «verdaderos españoles». La persistente idea de un enemigo que acechaba, del peligro de la patria, de la necesidad de regeneración, de que la Historia podía volver atrás y de que lo ganado podía ser perdido daba coherencia y fortaleza a la comunidad de los vencedores.

No era admisible el olvido. Los héroes y los mártires debían estar presentes en la vida de posguerra. La «Cruzada» será constantemente recordada, concebida como un acontecimiento purificador y capital en la Historia de España; pero también será un elemento traumático, catastrófico, que nunca debería volver a repetirse⁴⁹. El franquismo justificará su presencia y se construirá en torno a su recuerdo, recurriendo sistemáticamente a una memoria deformada para justificar el pasado, el presente y el futuro. Continuará avivando el «espíritu de la Cruzada» y afirmando la existencia de «dos Españas», de vencedores y vencidos, imposibilitando la reconciliación o el perdón⁵⁰.

La Guerra Civil lo cubrirá todo. Tanto que los años cuarenta parecerán su prolongación. Se implantaba una «cultura de la victoria», diseminando los valores que afirmaban que la «Cruzada» no había terminado, salpicando los días del calendario con actos religiosos, dis-

⁴⁷ Esta tipología de «nación ideal» en KALLIS, A. A.: «To Expand or Not to Expand? Territory, Generic Fascism and the Quest for an "Ideal Fatherland"», *Journal of Contemporary History*, vol. 38, 2 (2003), pp. 245-246.

⁴⁸ CASARES, F.: *Azaña y ellos. Cincuenta semblanzas rojas*, Granada, Editorial y Librería Prieto, 1939; SEVILLANO, F.: *Rojos. La representación del enemigo en la guerra civil*, Madrid, Alianza, 2007, pp. 169-174.

⁴⁹ AGUILAR, P.: *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza, 1996, p. 57.

⁵⁰ RICHARDS, M.: «El régimen de Franco y la política de memoria de la guerra civil española», en ARÓSTEGUI, J., y GODICHEAU, F.: *Guerra Civil. Mito y memoria*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 167-200.

cursos políticos, conmemoraciones de héroes, mártires, profusión de símbolos y fechas... Celebraciones y conmemoraciones darán lugar a una atmósfera en la que, por un lado, la comunidad de los vencedores continuará unida y, por otro, los derrotados se verán culpabilizados y reprimidos. La Guerra Civil entrará en las aulas, será irradiada a diario en los medios de comunicación, en las salas de cine, en los altares y confesionarios. Instituciones como Auxilio Social, Sección Femenina o el Frente de Juventudes difundirán sin cesar la cultura y los servicios de la victoria. La memoria y la cultura serían, entonces, armas políticas: la Guerra Civil produciría una ruptura entre pasado y futuro, dando lugar a una crisis psicológica y política, fortaleciendo el sentimiento de resignación sobre las perspectivas de cambio⁵¹.

Valorar la cultura como instrumento de consenso nos plantea el problema de medir su verdadera recepción por parte de la sociedad, la participación de hombres y mujeres en la misma. Desgraciadamente, nos es imposible penetrar en las mentes y creencias de los sujetos históricos. Pero no por ello debemos dejar de intentarlo o desistir de tenerlo en cuenta: la historia «postsocial» ha afirmado que la forma en que los seres humanos experimentan la realidad y reaccionan ante ella no está sólo determinada por la realidad misma, sino por la forma en que ésta es configurada y aprehendida a través de las categorías de un imaginario determinado⁵².

Hay que ser precavidos: es cierto que las teorías de la «religión política», impulsadas por la historiografía italiana, no encajan en la fisonomía del franquismo⁵³. Pero no debemos dejar de tenerlas en

⁵¹ CENARRO, A.: «Los días de la “Nueva España”: entre la “Revolución Nacional” y el peso de la tradición», *Ayer*, 51 (2003), pp. 115-134; CLARET, J.: *El atroz desmoche: la destrucción de la universidad española por el franquismo, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 2006; MOLINERO, C.: *La captación...*, op. cit.; CENARRO, A.: *La sonrisa de Falange: Auxilio Social en la guerra civil y en la posguerra*, Barcelona, Crítica, 2005; SEVILLANO, F.: *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo (1936-1951)*, Alicante, Universidad de Alicante, 1998; EVANS, P.: «Cifesa: Cinema and Authoritarian Aesthetics», en GRAHAM, H., y LABANYI, J.: *Spanish cultural studies. An introduction*, Nueva York, Oxford University Press, 1995, pp. 215-222; RICHARDS, M.: «From War Culture to Civil Society. Francoism, Social Change and Memories of the Spanish Civil War», *History and Memory*, 14 (2002), pp. 93-120.

⁵² CABRERA, M. A., y SANTANA, A.: «De la historia social a la historia de lo social», *Ayer*, 62 (2006), p. 188.

⁵³ ELORZA, A.: «El franquismo, un proyecto de religión política», en TUSELL, J., et al.: *Fascismo y franquismo. Cara a cara. Una perspectiva histórica*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, pp. 69-82.

cuenta: pese a que en España no se configurase una religión política, la importancia de las ceremonias, homenajes, celebraciones, representaciones y rituales de la victoria tuvo un valor, una simbología y un significado para los que participaban o quedaban apartados de ellos⁵⁴.

Son necesarios más estudios locales que ahonden en la recepción de la cultura por parte de las bases sociales del franquismo. Sin embargo, algunos trabajos ya han puesto de manifiesto o han comenzado a sugerir la participación de esa «sociedad de vencedores» en celebraciones, actos y conmemoraciones. Se ha señalado, por ejemplo, el papel vital de la Iglesia en la conmemoración de la «Victoria» y en la organización de la vida de posguerra: conviviría sin problemas con FET y de las JONS en las celebraciones locales que, durante la posguerra, agruparán bajo sus símbolos y ritos a la comunidad de vencedores, legitimando el franquismo⁵⁵. También se han hecho incursiones en el campo de la participación de las clases populares en la erección de símbolos franquistas: las cruces de los caídos fueron impulsadas, en muchas ocasiones, por los vecinos vencedores de los pueblos españoles; empleaban para ello suscripciones populares para honrar a sus familiares «caídos por Dios y por España». Los mártires y «el recuerdo de la sangre se habían convertido ya en elementos insoslayables de la memoria colectiva» y de la «cultura de la victoria»⁵⁶.

En definitiva, también en sus ropajes culturales, todo apunta a que el franquismo fue mucho más que un régimen arcaico y tradicional. Su proyecto político contenía una cultura que dialogaba con la sociedad, que era compartida por la sociedad de los vencedores, y que los persuadía de la existencia de unos fines comunes más allá de meros intereses económicos⁵⁷. Una «cultura de la victoria» que coadyuvará a mantener el consenso y la unión de la sociedad de los vencedores. Y

⁵⁴ GENTILE, E.: «Il fascismo come religione politica», *Storia Contemporanea*, 6 (1990), pp. 1079-1106.

⁵⁵ PAYÁ LÓPEZ, P.: «Violencia, legitimidad y poder local. La construcción simbólica de la dictadura franquista en una comarca alicantina. El Vinalopó medio, 1939-1948», *Pasado y Memoria*, 1 (2002), pp. 197-222.

⁵⁶ LEDESMA VERA, J. L., y RODRIGO, J.: «Caídos por España, mártires de la libertad: víctimas y conmemoración de la Guerra Civil en la España postbélica (1936-2006)», *Ayer*, 63 (2006), p. 244.

⁵⁷ DE GRAZIA, V.: *The culture of consent. Mass organization of leisure in fascist Italy*, Nueva York, Cambridge University Press, 1981.

una cultura, en fin, que será coherente y se manifestará en el terreno de la represión y en la gestión de la miseria de la posguerra española.

La represión: la «Justicia de Franco» y el «castigo a los vencidos»

No podemos comprender el franquismo sin la represión y la violencia, auténticas bases del «Nuevo Estado»⁵⁸. Serán fenómenos multiformes, que irán desde el terreno cultural, al de la represión socio-económica y, por supuesto, al de la más brutal represión física.

La violencia del franquismo hacia los propios españoles no tiene precedentes. Ni en otros regímenes fascistas o parafascistas: los Estados autoritarios de Alemania, Italia, Portugal o Austria reprimieron a los disidentes pero, en ningún caso, en las proporciones de la España franquista. Como ha asegurado Ismael Saz, los números que arroja la represión franquista dejarían boquiabierto al mismo Himmler⁵⁹. Fue una represión sistemática, fría y continua durante todos los años de posguerra, ejercida de forma abierta, como espectáculo público o encubierta en forma de coacción. Una represión que impediría cualquier conato de oposición abierta al régimen: los posibles disidentes fueron eliminados o marcharon al exilio aterrorizados, y los que no lo fueron quedarían paralizados por el miedo. La represión, además de por sus efectos inmediatos, tiene que ser valorada por la paralización que el terror generó en la población, que no tuvo más remedio que adaptarse a las circunstancias y recluirse en la esfera de lo privado y en el silencio⁶⁰.

Una represión que comenzó en las horas que siguieron a la sublevación de julio de 1936, mediante sacas, paseos, fusilamientos y consejos de guerra sin la menor garantía jurídica. Una represión que fue arrastrada con la misma intensidad durante todos los años que duró la Guerra Civil, segando las vidas de los enemigos del naciente franquismo. Y una represión asimétrica, que no tuvo parangón ni en número, ni en intensidad con la violencia republicana: entre 1936 y 1939 se estiman en más de 100.000 las víctimas de la represión fran-

⁵⁸ CENARRO, A.: «Muerte y subordinación en la España franquista: el imperio de la violencia como base del “Nuevo Estado”», *Historia Social*, 30 (1998), pp. 5-22.

⁵⁹ SAZ, I.: *Fascismo...*, *op. cit.*, p. 179.

⁶⁰ MIR, C.: «Violencia política, coacción legal y oposición interior», *Ayer*, 33 (1999), pp. 115-145.

quista⁶¹. Pero la sangre derramada no pareció ser suficiente. Los últimos días de la guerra anunciaban que, paradójicamente, las balas seguirían golpeando el cuerpo de los derrotados después del 1 de abril de 1939: en febrero se constituyeron los Tribunales de Responsabilidades Políticas en todas las provincias españolas y se procedió a la confiscación del patrimonio y los bienes de los encausados, así como a la imposición de penas de prisión o de muerte por el delito de «rebelión». El «Nuevo Estado» empleó más instrumentos represivos para prevenir cualquier disidencia: Tribunales Militares, los de la Causa General, los de Represión de la Masonería y el Comunismo, la Ley de Seguridad Interior del Estado o la de represión del Bandidaje y el Terrorismo. El entramado represivo del franquismo lanzó unas cifras cargadas de sangre: se estima que unas 50.000 personas fueron ejecutadas en la posguerra⁶².

A esta maquinaria brutal habría que sumar las cárceles y los campos de concentración que salpicaron la geografía española durante los años cuarenta, concebidos como centros purificadores de los cuerpos enfermos y degenerados de la patria⁶³. España se convirtió en «una inmensa prisión»: hasta 1947 pervivieron los campos de concentración y los campos de trabajo. Las cárceles estaban abarrotadas, los malos tratos eran frecuentes y las condiciones de vida, terroríficas. Se acometieron incluso experimentos eugenésicos sobre algunos reclusos⁶⁴.

Los campos de concentración y las cárceles se erigieron en símbolo del «estado de excepción» perpetuo fijado por un Estado que lo controlaba todo⁶⁵. Las cárceles y el resto del país eran una misma dualidad represiva. El sistema penitenciario franquista no sólo perse-

⁶¹ Las cifras de la represión franquista durante la guerra y la posguerra en JULIÁ, S. (coord.): *Víctimas de la Guerra Civil*, Madrid, Temas de Hoy, 1999, p. 410.

⁶² RODRIGO, J.: *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista*, Madrid, Alianza, 2008, p. 164.

⁶³ Por ejemplo, TORRENT, M.: *¿Qué me dice usted de los presos?*, Alcalá de Henares, Talleres Penitenciarios, 1942, p. 134.

⁶⁴ MOLINERO, C.; SALA, M., y SOBREQUÉS, J. (eds.): *Una inmensa prisión: los campos de concentración y las prisiones durante la guerra civil y el franquismo*, Barcelona, Crítica, 2003. RODRIGO, J.: *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista (1936-1947)*, Barcelona, Crítica, 2005; RICHARDS, M.: «Morality and biology in the Spanish Civil War: psychiatrists, revolution and women prisoners in Málaga», *Contemporary European History*, 10 (2001), pp. 395-421.

⁶⁵ AGAMBen, G.: *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Pre-Textos, Valencia, 2006, pp. 30-32.

guía castigar a los «enemigos de España», sino que, mediante el escarmiento, la purificación y la reeducación moral, pretendía reinsertarlos en el sistema. Mientras no estuviesen «sanados», era conveniente mantenerlos separados de la multitud. Los muros de las prisiones no marcaban la frontera entre la reclusión y la libertad: como pondremos de manifiesto al analizar las situaciones de miseria, la salida de la cárcel era sólo el principio de una espiral de represión y de control social al que, al volver a su pueblo o ciudad, el vencido se vería sometido. Dentro y fuera de los muros de las cárceles, el franquismo reproducía las mismas tendencias represivas y reproductoras del sistema: como otros regímenes, el franquismo utilizó la biopolítica, el control de los cuerpos y el estado de excepción para alcanzar sus objetivos⁶⁶.

La represión tuvo efectos paralizadores en los posibles opositores al régimen franquista. Pero debemos aprender a mirar el empleo de la violencia y de la soberanía en otro sentido. La concepción de la Guerra Civil y el surgimiento de la «cultura de la victoria», a la que ya aludimos, se muestra fundamental aquí. La guerra era ese momento crucial y mítico en el que la sangre y el valor de los verdaderos españoles habían salvado a la patria. Unos días en los que la violencia política republicana se había desatado sobre los que ahora apoyaban al franquismo, condicionando sus percepciones y actitudes para siempre⁶⁷. España no habría aprendido nada si no honraba la figura de sus mártires, si no encendía «los cirios de su amor en el Panteón, donde reposan sus genios inmortales»⁶⁸. Para el resurgir «de la nueva España imperial y católica» era necesario «aniquilar» a los «enemigos encarnizados de la civilización cristiana»⁶⁹. La propaganda franquista y la literatura de la retaguardia habían dado buena prueba de sus horribles crímenes, robándoles su condición de humanos y, por supuesto, de españoles: «¿Es posible que fueran españoles aquellos energúmenos? No. Ni eran hombres siquiera. Eran diablos escapados del infierno. Eran posesos, borrachos de lujuria. Eran bestias rabiosas.

⁶⁶ MATOS, E.: «Biopolítica carcelaria en “La voz dormida” de Dulce Chacón: la cárcel como núcleo de la sociedad franquista», Universidad de Michigan (artículo inédito).

⁶⁷ Esta idea aparece sugerida en LEDESMA VERA, J. L.: *Los días de llamas de la revolución. Violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la guerra civil*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2004, p. 149.

⁶⁸ MUGUETA, J.: *Los valores...*, op. cit., p. 25.

⁶⁹ *El Norte de Castilla*, «Héroes inmortales», 29 de noviembre de 1936.

Eran furias del averno». Por ello, eran necesarios la «justicia y el castigo para los culpables de tanto horror y barbarie»⁷⁰. La «Justicia de Franco», la muerte de estos culpables, purificaría España, honrando a los mártires y compensando a sus familiares⁷¹. La represión quedaba legitimada, dando sentido a la maquinaria represiva del franquismo y cohesionando al cuerpo de los vencedores.

Es difícil calibrar hasta qué grado estos imaginarios impregnaron a los partidarios del franquismo. Sin embargo, el pionero estudio de Peter Anderson sobre la comunidad rural del Valle de los Pedroches (Córdoba) muestra hasta qué punto fue así. Fue esta creencia en la «Justicia de Franco», en la maldad del vencido y en la necesidad de una compensación por el sufrimiento o la pérdida de un familiar, lo que llevó a muchos a denunciar y a testificar en consejos de guerra contra sus vecinos de toda la vida⁷². Anderson demuestra que el franquismo también se construyó desde la represión. Una represión que no fue algo impuesto desde las altas esferas del «Nuevo Estado»: la complicidad y la participación «desde abajo» de la sociedad de los vencedores fue vital, y los comprometió severamente con la construcción del Estado franquista y, también, con la responsabilidad de la represión⁷³.

¿Por qué llevar a la muerte a un vecino, por qué denunciar a un conocido asegurándole la muerte? Es evidente que no podemos descartar intereses personales o económicos, rencillas sempiternas en el estrecho mundo de lo rural o razones que se esconden al ojo del historiador. Pero es evidente también que el compromiso de algunos hombres y mujeres con el sistema represivo franquista respondía a una convicción: la necesidad de la «justicia de Franco», vengar la sangre derramada de los mártires y asegurar la limpieza de España de elementos perniciosos para su salud. Su compromiso con la represión no se limitó a la participación y colaboración en procesos judiciales: gran

⁷⁰ PÉREZ DE OLAGUER, A.: *El terror...*, *op. cit.*, pp. 90 y 83.

⁷¹ ANDERSON, P., y DEL ARCO BLANCO, M. Á.: «Construyendo el franquismo: violencia y represión en el campo andaluz de posguerra», *IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Murcia, 2008.

⁷² ANDERSON, P.: «Singling Out Victims: Denunciation and Collusion in the Post-Civil War Francoist Repression in Spain, 1939-1945», *European History Quarterly*, 39 (2009), pp. 7-26.

⁷³ ANDERSON, P.: *Making Francoism: repression and complicity in Los Pedroches (Córdoba), 1939-1953*, tesis doctoral inédita, Royal Holloway, Universidad de Londres, 2006.

parte de las bases sociales del franquismo se convirtieron en vigilantes y delatores de las conductas y los comportamientos morales, políticos y sociales durante los años cuarenta⁷⁴. Tampoco en esto, en cuanto al comportamiento de algunos de sus ciudadanos, el régimen franquista se distanció demasiado de la Alemania nazi y de la Italia fascista⁷⁵.

La violencia directa e indirecta del régimen franquista paralizaría a la población. El miedo sería el compañero cotidiano de muchos españoles: miedo a una delación, a ser detenido, a ser castigado, a ser privado de libertad. Los que no estaban con el régimen fueron lanzados a una reclusión interior perpetua, concienciados de que, en el franquismo, «vivir no era más que sobrevivir»⁷⁶. Mientras tanto, los vencedores estaban unidos por un corpus de ideas que justificaban la represión y, en algunos casos, les hacían participar en el ejercicio de la violencia y en el control social, fortaleciendo su identidad de vencedores y vigorizando al régimen franquista del que eran parte⁷⁷.

Vencedores y vencidos entre hambre y miseria

Hablar de los primeros años del franquismo es hablar de hambre, de miseria y de una situación socioeconómica extrema. A la vista de la «cultura de guerra» compartida por los vencedores y su implicación en la represión y el control social de los vencidos, el paisaje de la penosa posguerra era suficiente para inquietar a los que habían perdido la guerra.

Las condiciones socioeconómicas de aquellos años fueron otro elemento decisivo para la estabilidad del régimen franquista. En esos días, los grupos sociales más humildes se vieron sometidos a situaciones límite. Los niveles de producción de posguerra no se alcanzaron

⁷⁴ RODRÍGUEZ BARREIRA, O. J.: «Cuando lleguen los amigos de Negrín...». Actitudes individuales y opinión pública ante la Segunda Guerra Mundial en una provincia del Sur. Almería, 1939-1945», *Historia y Política*, 18 (2007), pp. 309-315.

⁷⁵ GELLATELY, R.: *The Gestapo and German Society: Enforcing Racial Policy 1933-1945*, Oxford, Clarendon Press, 1990; EBNER, M.: «The political police and denunciation during Fascism: a review of recent historical literature», *Journal of Modern Italian Studies*, vol. 11, 2 (2006), pp. 209-226.

⁷⁶ MIR, C.: *Vivir es sobrevivir. Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de posguerra*, Lérida, Milenio, 2000.

⁷⁷ BARTOV, O.: *Mirrors of destruction. War, Genocide and Modern Identity*, Nueva York, Oxford University Press, 2000, p. 6.

hasta 1952, los rendimientos agrícolas decrecieron, la industrialización se frenó, el paro se extendió, el coste de vida se elevó exponencialmente y se impusieron unos salarios de miseria.

No es necesario insistir sobre el alcance de la catástrofe. Las muertes por inanición no fueron pocas, las enfermedades azotaron con virulencia a los más desfavorecidos, la escasez de viviendas se potenció y muchos españoles acabaron viviendo hacinados en cuevas o en espacios insalubres⁷⁸. El hambre lo inundó todo. La desesperación de un estómago vacío, de una familia que alimentar, llevó a que los más humildes trataran de sobrevivir a cualquier precio, recurriendo al ingenio, al robo o al estraperlo. Muchos, desesperados, llegaron incluso al suicidio⁷⁹.

Con este panorama, ¿cómo afirmar que el hambre y la miseria se convirtieron en aliados del régimen de Franco? Sería en este paisaje donde, otra vez, se proyectaría la sombra de la Guerra Civil. Vencedores y vencidos gozarán de distinto destino. Las heterogéneas clases medias y altas, bases sociales del «Nuevo Estado», sortearán la crítica situación o incluso sacarán partido de ella. Las clases bajas, desplazadas del poder e identificadas con los vencidos, sufrirán la miseria con toda su dureza.

La política autárquica se convertirá en un arma sin precedentes en manos de las autoridades franquistas. Los ayuntamientos, los poderes locales, ahora copados por esos hombres nuevos, excombatientes representantes de esa «cultura de la victoria», gozarán de unas amplias prerrogativas para «ordenar» la vida de posguerra. Decidirán sobre la aplicación de la política agraria, sobre el funcionamiento de las industrias, sobre el abastecimiento, sobre la comercialización y venta de productos... y, por supuesto, gestionarán las cartillas de racionamiento. Gestionarán el hambre.

En la España del hambre también habrá vencedores y vencidos. Algunos estudios han demostrado que la política autárquica fue un instrumento más para premiar a los vencedores y castigar a los derrotados. La gestión real de la autarquía en algunos pueblos españoles

⁷⁸ Reconocido por el embajador británico Sir Samuel Hoare en su visita a Andalucía. The National Archives, PRO, FO 371/34752, Informe del 15 de marzo de 1943.

⁷⁹ DEL ARCO BLANCO, M. A.: «Morir de hambre». Autarquía, escasez y enfermedad en la España del primer franquismo», *Pasado y Memoria*, 5 (2006), pp. 241-258; MIR, C.: «La violencia contra uno mismo: el suicidio en el contexto represivo del franquismo», *Ayer*, 38 (2000), pp. 187-210.

benefició a los apoyos sociales del régimen franquista. El estraperlo y el destino de unos y otros hombres en su práctica fueron el mejor espejo de la sociedad quebrada: mientras que los partidarios del «Nuevo Estado» lo realizaban con impunidad, el pequeño estraperlo de los más humildes era castigado severamente con multas, prisión o el confinamiento en un campo de trabajadores⁸⁰.

Económicamente, el sistema autárquico fue un desastre para el país... pero no tanto para el fin del franquismo: perpetuarse. Las clases altas, medias-altas y medias-bajas, los apoyos sociales del régimen, consiguieron vencer a la miseria o, incluso, se enriquecieron. Algunos de aquellos humildes propietarios rurales que lucharon por el franquismo, a finales de los años cuarenta habían incrementado sus propiedades de forma destacada. Ellos disponían de los medios de producción y de los recursos necesarios para hacer estraperlo y ser tolerados por el régimen. En cambio, las clases bajas, los obreros, los jornaleros, los más humildes, aquellos que el propio franquismo consideró en su ideología como enemigos... sufrieron una represión económica sin precedentes. Así pues, la política autárquica desempeñó una doble función: por un lado, unió en sus intereses a los vencidos, siendo un elemento fundamental de consenso para asegurar la continuidad del franquismo, y, por otro, fue un arma de represión sin precedentes, asegurando la desmovilización, la despolitización y la extenuación de los vencidos⁸¹.

Exhaustos, cansados, desesperados, acorralados por la represión, tras una Guerra Civil y por efecto de una memoria que la concebía como la lucha del Bien contra el Mal y los señalaba como culpables... ¿qué remedio quedaba a los vencidos? El carácter del régimen, su represión política, moral y socioeconómica dejaban poco espacio para la oposición abierta, y era imposible reconstruir los sindicatos o los partidos políticos. Muchos se retiraron a un exilio interior, en unas comunidades pequeñas y cerradas, donde el control social de sus vecinos era tan aplastante como la amenaza del hambre⁸².

⁸⁰ GÓMEZ OLIVER, M., y DEL ARCO BLANCO, M. Á.: «El estraperlo: forma de resistencia y arma de represión en el primer franquismo», *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, 23 (2005), pp. 179-199.

⁸¹ DEL ARCO BLANCO, M. Á.: *Hambre de siglos. Mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía Oriental (1936-1951)*, Granada, Comares, 2007. Algunos casos de enriquecimiento en pp. 183-187.

⁸² MIR, C.: *Vivir es sobrevivir...*, *op. cit.*

La oposición abierta era imposible. Así, los hombres y mujeres que habían perdido la guerra mostraron su disidencia y su disconformidad al régimen *dentro* de él: en el aumento desproporcionado de los robos para subsistir, en el pequeño estraperlo, en los trucos con las cartillas de racionamiento para obtener más comida, en no entregar las cosechas producidas o, incluso, en chistes, rumores o canciones populares. Todas estas manifestaciones simbolizaban la resistencia, las pequeñas rupturas de aquellos que no tenían voz⁸³. Acorralados por los muros de la miseria, los vencidos dirigieron sus esfuerzos a sobrevivir, olvidando —o posponiendo— lejanas pretensiones de redención.

Se ha afirmado que el franquismo no quiso, en ningún momento, castigar con la miseria a los vencidos, resaltando la preocupación del régimen por la situación socioeconómica, así como los intentos que puso en marcha para mitigarla⁸⁴. A nuestro juicio, estos planteamientos obvian la interacción de los hombres con las instituciones franquistas: una interacción marcada por una «cultura de la victoria» que legitima y justifica el premio al vencedor y el castigo al vencido. Y una acción que también es coherente con la «eficiencia social» de la política autárquica hacia aquellos que apoyaban al franquismo. Debemos explicar la adopción de una política determinada en regímenes autoritarios de entreguerras aplicando y conjuntando los conceptos de «intención» y «estructura»⁸⁵. Es cierto que la intención deliberada de los hombres de Franco no fue llevar a la inanición a parte de la sociedad española, tal como pone de manifiesto su preocupación por solventar los problemas del hambre. Pero también es cierto que la «estructura» del régimen franquista era coherente con esta situación: mediante la aplicación del intervencionismo autárquico, las bases sociales del régimen, identificadas con los vencedores en la «Cruzada», escaparon del hambre o incluso progresaron económicamente; al mismo tiempo, los que habían perdido la guerra fueron lanzados contra el muro del hambre, las enfermedades y la represión socioeconómica. Que los vencidos muriesen de hambre no estaba en el «programa político» del «Nuevo Estado»: pero la realidad de los penosos años

⁸³ CABANA, A.: «Minar...», *op. cit.*; RODRÍGUEZ BARREIRA, O. J.: *Migas... op. cit.*

⁸⁴ MOLINERO, C., e YSÀS, P.: «El malestar popular por las condiciones de vida. ¿Un problema político para el régimen franquista? », *Ayer*, 52 (2003), pp. 255-280.

⁸⁵ KERSHAW, I.: *The nazi dictatorship. Problems and perspectives of interpretation*, Londres, Arnold, 1985, p. 80.

cuarenta dibujó un triste mundo de vencedores y vencidos, coherente con la «cultura de la victoria» y con la satisfacción de las expectativas de los grupos sociales que apoyaron el golpe de julio de 1936.

Conclusión

El franquismo no fue un régimen fascista. Sin embargo, adquirió muchos elementos que lo fascistizaron y lo alejaron de ser un régimen tradicional. No sólo nos referimos a la existencia de un partido único, la adopción de insignias y uniformes, o la creación de diversas instituciones con ecos en los regímenes alemán e italiano. El franquismo también gozó, como ellos, de un consenso. No fue un consenso activo e incondicional, sino un apoyo líquido y flexible, que iría desde la adhesión plena hasta la indiferencia hacia el régimen. Hubo igualmente oposición y disenso: oposición circunscrita a unos partidos políticos que fue imposible reconstruir y a una guerrilla que plantó cara al franquismo durante más de una década; y un disenso mostrado de forma individual y atomizada, dirigido a asegurar la supervivencia.

Con todas esas matizaciones, el régimen del general Franco estuvo sustentado por una comunidad de vencedores, una extensa y variada gama de clases medias y altas que, año tras año y a pesar de las críticas circunstancias de posguerra, le siguieron prestando su apoyo. Fue una comunidad nacional unida por una «cultura de la victoria» que le daba coherencia, delimitando entre buenos y malos españoles. Una cultura en la que bañaban sus acciones, legitimadas y explicadas por ella, participando activamente en el castigo al vencido mediante la represión física, moral y socioeconómica, a la vez que saciaban sus intereses gestionando la política autárquica en su propio beneficio. Mientras tanto, la oposición frontal al régimen había quedado desactivada por los fusilamientos, las ejecuciones, las prisiones, los campos de concentración, el aislamiento social, el hambre y la miseria. La «Justicia de Franco» se había hecho efectiva.